

Hecatombe en las FF.AA.

- Crisis de la noción humanitaria
- No mezclar culpables con inocentes

LA aceptación por parte del Presidente de la República, su Ministro de Defensa y el Comandante General de las Fuerzas Armadas de que hay líneas militares, desde las bases hasta los Generales de más alto rango, comprometidas en crímenes de lesa humanidad y de guerra, ha estremecido la médula colombiana. El hecho se produce en el momento en que el país tiene el foco de atención mundial, desde el virtual Presidente de Estados Unidos y la ONU hasta las organizaciones no gubernamentales más importantes, por la fractura de los derechos humanos.

Doloroso, en efecto, que unas Fuerzas Armadas, reconocidas hasta hace un tiempo como emblema universal después de la “Operación Jaque”, se vean envueltas, a través de agentes desequilibrados, en delitos de tal calado, extravagancia y crudeza. No es, desde luego, a la institución a la que puede recaerle la mácula indeleble, y para que eso no ocurra es necesaria la individualización exacta de los criminales y las sanciones correspondientes bajo una preferencia en el reparto judicial, so pena de un desgaste institucional sin precedentes.

Así como no debe haber solidaridad de cuerpo para camuflar a los responsables, tampoco es dable llamar a calificar servicios a quienes nada tienen que ver con el asunto. Salvo, claro, que, por acción u omisión, existan evidencias categóricas de que los 27 oficiales y suboficiales reportados a la Fiscalía están todos involucrados en la misma causa. Y en ese caso se estaría ante el más aberrante concierto para delinquir, donde Divisiones casi enteras del Ejército estarían dedicadas a asesinar ciudadanos para luego disfrazar sus cadáveres y reportarlos como bajas de la guerrilla. Nos resistimos a creerlo así y por lo tanto es una exigencia que no se combinen los criminales con los inocentes. No sólo por la estulticia que ello supone, sino que por esa vía se culpabiliza a todos para que no sea culpable nadie. Y no sólo eso. Si todos fueran parte de la misma trama, se estaría, por igual, evidenciando, si no una política de Estado, por lo menos una mancomunidad de criterios, en los que se acepta lo ilícito como lícito y se dis-

pertenecer a las Fuerzas Armadas como guardianes del sistema democrático y la soberanía nacional. Y con ello, ciertamente, se entraría de inmediato a múltiples interrogantes como que si aquello ocurría en esas Divisiones por qué no iba a acontecer lo mismo en las demás.

Desde luego, con un solo miembro de las Fuerzas Armadas comprometido en hechos tan escabrosos, la situación es grave. Mucho más, evidentemente, cuando el número de involucrados se acrece. Se devela allí una crisis de la noción humanitaria en el interior del Ejército y semejantes circunstancias no sólo desdibujan, sino que hieren las actividades adelantadas por los cuerpos institucionales. No se trata de la seguridad democrática, ni de cualquier otra consigna. Se trata de que en ningún caso las fuerzas legítimas pueden actuar asimilándose a las mismas conductas del terrorismo. Nadie en la sociedad tiene que estar más apegado a la ley que aquellos a quienes se ha confiado el porte y uso de armas para la defensa ciudadana. Ese acto, que Alberto Lleras calificaba de glorioso a la salida de la dictadura, viene siendo fracturado para proceder a la inversa de todo cuanto es caro y valioso para los colombianos de bien.

El caso de Abu Ghraib en la guerra de Irak escandalizó al mundo y finalmente llevó a la renuncia del entonces poderoso ministro de Defensa, Donald Rumsfeld. En efecto, es a los ministros a quienes cabe la responsabilidad política de su ramo. Pese a que el gobierno desdijo de lo que la Fiscalía venía investigando, incluso con una rectificación presidencial del Fiscal, el ministro Santos ha puesto la cara, en las buenas y en las malas, y parecería ser el baluarte de que se haya investigado y se siga investigando el basilisco en el interior del Ejército. Lógico que así sea porque estos crímenes no sólo recaen en la jurisdicción interna, sino que hacen parte de posibles señalamientos por la Corte Penal Internacional.

Soportan hoy las Fuerzas Armadas colombianas uno de los retos más complejos de su historia. Sólo la luz de la verdad y el sentido común podrán sacarlas del atolladero moral a que las han sometido quienes jamás han debido tener